

# Un acto de rebeldía en la docencia de la nueva era

mi voz

Por Tamara Abigail Fabara  
(fabarat@rumipamba.edu.ec)

“Guardaré el máximo respeto a la vida y la dignidad humana. No practicaré, colaboraré, ni participaré en acto o maniobra alguna que atente a los dictados de mi conciencia”. Son las acertadas palabras del aclamado juramento hipocrático que hacen los profesionales de la salud al consagrarse como médicos, en virtud de su labor.

No obstante –y con toda sinceridad– estas palabras deberían ser asociadas a toda profesión que abarque la interacción directa con la vida y la responsabilidad del cuidado integral. Entre ellas y de manera especial, la del docente, pues este forma parte activa del desarrollo vital y devenir de cada estudiante que ha pasado por su aula de clase.

Si bien es cierto que un docente no siempre se hace desde la vocación, en el aula puede aprender metodologías y estrategias para enseñar. Sin embargo, los principios éticos y morales se forjan sobre la marcha, al entender lo que es bueno y correcto, e incluso yendo contra la corriente en ambientes donde esos conceptos no han sido bien sembrados.

Es meritorio reconocer que las generaciones actuales traen consigo desafíos cada vez más complejos. No necesariamente los alumnos, pues también los padres, docentes y autoridades son en muchos casos producto de la indisposición emocional de sus núcleos familiares de origen.

Todos cargamos con el pesado equipaje de responsabilizar al prójimo por su falta de fundamentos de sana convivencia, los

cuales no hemos desarrollado apropiadamente.

Se evidencia, por tanto, que falta mucho por evolucionar en el ámbito de lo intangible, de lo que indirectamente está impuesto sobre el ser racional, a saber, esos principios y valores que determinan el proceder ante escenarios incontenibles.

Después de todo, no hay seres perfectos, solo humanos que, por derecho natural, tienden al fallo, pero por obligación moral tienen la facultad de elegir un camino diferente, y lo diferente siempre es motivo de fricción.

Cuando se es docente, en el ojo de la evaluación constante de aptitudes y capacidades se carga con la abrumadora tarea de ser el piloto de un avión lleno de pasajeros y aprendices; y aunque la metáfora parezca sin sentido, el piloto nunca pregunta al pasajero qué hacer para poder despegar. Ese cúmulo de pasajeros han puesto en él la confianza de llegar sanos y salvos a su destino, tal y como se espera de una institución educativa que cada año abre sus puertas a centenares de realidades, también conocidos como estudiantes.

Tristemente, la mediocridad y la precariedad laboral de la actualidad han atrofiado en el docen-

te, no solo la capacidad de seguir los principios que guían sus acciones, sino el discernimiento de lo que es bueno y correcto en su desempeño profesional. La falta de leyes y derechos ha limitado al educador a cumplir únicamente con lo necesario, a deslindarse del entrañable rol de dejar huella en cada vida que toca, a taparse los ojos cuando es testigo de una injusticia, porque en una mal llamada civilización se convierte en un hecho de valentía ir en contra de la mediocridad y la carencia de valores.

Ser en cambio el docente, que por convicción aún cuida y resguarda la vida que se le ha encomendado, lo convierte en muchos casos en el enemigo del sistema. Cuán alarmante es formar parte de una sociedad que entierra de manera recurrente las normas de sana convivencia y que guarda en un cajón el concepto del docente ético por vocación.

Sepan entonces los docentes, que actuar desde el corazón en el aula es hoy en día un acto de rebeldía en contra de un modelo precario de educación, que va desprestigiando la labor pedagógica a pasos agigantados.

Que la burocracia y el escarnio público no nos deslinden de fortalecer la labor desinteresada y empática de formar buenos cristianos y honestos ciudadanos, que en el camino de nuestra jornada seamos ese faro de luz que siempre está encendido, y que por duras que sean las circunstancias, sepamos sostener siempre ese toque sublime del profesor que educa, enseña y trabaja por un futuro mejor.

*Sepan entonces los docentes, que actuar desde el corazón en el aula es hoy en día un acto de rebeldía en contra de un modelo precario de educación, que va desprestigiando la labor pedagógica a pasos agigantados.*